

# El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO  HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
Lagar núm. 5.

NÚM. 9.

Sevilla.—Viernes 11 de Enero de 1901

AÑO XXV.

## LA CLAUSURA

El Parlamento ha cerrado sus puertas. La representación nacional queda en suspenso para no molestar el placido sueño del Gobierno y para no perturbar la placidez del idilio amoroso de la afortunada princesa, que puede ser reina de España con arreglo a la Constitución, a la vez que deje libres a los ministros estas vísperas carnavalescas, para que se entreguen a sus devociones y para que hagan penitencia ante la institución luisiana del Sagrado Corazón, y reciban la mística bendición de los hijos de Loyola y los saludables consejos de la Compañía, para extirpar las últimas sombras de la libertad que nos queda.

El devoto Azcárraga, el místico Ugarte, el hipócrita Vadillo, podrán ya impunemente blasonar de sus sentimientos reaccionarios y aplicar todas las disposiciones de la represión con la suspensión de garantías, y sin temor a fiscalizaciones más ó menos impertinentes, como afirman en las intimidades de los locutorios conventuales donde se decide la suerte de España.

Las Cortes, que en realidad solo se reunieron para sancionar el famoso idilio, cierran sus puertas sin haber examinado el presupuesto; y aunque han aprobado las leyes militares para el año actual, ha sido merced a la benévola complicidad de los demás elementos monárquicos, atentos a la sucesión en el mando, al desdichado partido imperante que se llama Unión conservadora, pudiendo y debiendo, en realidad, apellidarse disolución nacional y liga clerical neo reaccionaria, consagrada a elevar al clericalismo y a destruir todas las conquistas de la libertad, borrando la autonomía nacional y sustituyendo al Gobierno de la nación por disposiciones y breves pontificios, que son los verdaderos decretos que aquí imperan.

Han peleado indudablemente con ventaja, en algunos casos, las oposiciones. Se ha afirmado el principio de libertad contra la teocracia gubernamental. Han brillado los oradores democratas haciendo admirable alarde de sus talentos; pero la batalla definitiva la ha ganado el Gobierno, y la teocracia impera en los comienzos de siglo como imperó en los últimos años de la pasada centuria.

Muda ya, hasta no sabemos cuándo, la tribuna parlamentaria; aullados, por la suspensión de garantías, que perdura, los más precia-dos derechos constitucionales, con pretextos ridículos, entramos en un período de franca reacción, en que no será extraño que los modernos Franciscos (el chico) obliguen a los liberales a afeitarse el bigote en la vía pública, como se hacía en la primera mitad del pasado siglo.

El Gobierno que sigue gobernando con Cortes, no tolera a éstas más que como instrumento para sus demasías y como escudo ó resorte para alardear de ideas y principios que ni siente ni profesa, y nuestra mansedumbre llega a un punto tal, que avergüenza y sofoca ver cómo este pueblo sigue soportando el pesado yugo reaccionario que nos ha retrogradado a los dichosos tiempos de la Edad media, en que no había más que señores y esclavos.

Parece que, con el sentimiento de la dignidad, hemos perdido hasta la condición de hombres, y nos acomodamos tan bien a la servidumbre, que no nos alarma la pérdida de la libertad, ni nos causa disgusto la invasión de los derechos del ciudadano.

Así vemos con glacial indiferencia cómo se cometen abusos contra los derechos de todos; cómo se establecen entre disimulados adversarios componendas que atentan al honor, al bolsillo y a la dignidad de la familia, y nos quedamos tan frescos, como si fuera la cosa más natural del mundo; y eso que la ocasión no puede ser más propicia ni oportuna.

Cerradas las Cortes, imperará el capricho y el arbitrio ministerial en toda su extensión, y aquellos serán víctimas del interés de secta ó de las concupiscencias frailesas ó justicias; sufrirán todos los horrores del martirio, si no establecemos todos los liberales la liga de la solidaridad, y arrojamos a la secta nea imperante del dominio del Estado y del territorio nacional.

## Murmuraciones

Algo enredada anda la política española para poder vaticinar lo que pueda suceder antes del casorio, en el casorio y después del casorio.

El presidente del Consejo—que ha confesado que la muerte del obispo Morgades es una desgracia nacional—está por ahora ocupado en llorar las amarguras que en su ánimo ha producido desgracia tan irreparable.

Silvela, un tantico convencido de que no le valen sus artimañas para llegar de nuevo a la poltrona presidencial, se muestra algo catiaco-ticido.

Tetuán, ocupado en remendar y embetunarse las botas, por si eso de los turnos se concluye, anda del brazo de D. Germán Gamazo; soñando con regenerar el país a seis meses fecha.

Romero Robledo, como anda como las veletas, según el viento que corre, no se sabe por qué sendero habrá de emprender la nueva ruta. Por el pronto se ha metido en cama algo acatarrado.

Y el zorro Sagasta, ese matalas callando de la política española, viéndolas venir... quiero decir, atisbando lo que puede suceder, y meditando las mentiras y las promesas que ha de dar a los vientos para levantar el ánimo de sus hambrientas huestes, que no se conforman a vivir la vida de la cesantía.

Y aquesta es la situación desdichada y anormal, pero seria y natural, en que se halla la nación.

¡Bonito me van a poner al príncipe consorte en el día de la boda!

Lean ustedes con atención y sin reírse: «Considerándose muy modesto el uniforme de capitán honorario de Estado Mayor para que le vista D. Carlos de Borbón en el acto solemne de su boda con la princesa de Asturias, se le concederá el collar de Carlos III para que vaya al altar con el atavío propio de la insigne orden.

Consiste éste en calzón corto de terciopelo azul, medias de seda blanca, zapatos azules, jubón azul acuchillado de blanco, con gorguera y puños de encaje, sobre el cual cae el collar; y le completan gran manto de cola azul, salpicado de estrellas de plata; y birrete azul con rizada pluma blanca.

Va a parecer, no un príncipe real, sino un pavo real.

Daría algo—no mucho, porque tengo muy poco!—porque el tal príncipe se diera un paseito por Sevilla vestido de esa manera.

¡Lo que se le ocurriría a las muchachas de mi barrio!

¡Y los peñascazos que le iban a tirar!

Ha subido el municipio las sepulturas modestas, pero, en cambio, ha rebajado las llamadas de primera.

Veá usted: es una cosa que ni me enfra ni calienta.

Yo tengo mi testamento muy claro en esta materia.

Digo con letras muy claras: —Me guardarán en la tierra sin rezarme un padrenuestro ni ninguna otra monserga.

No quiero señal alguna que indique dónde se encuentran los miserables despojos de lo que fué mi existencia, pues me tienen sin cuidado, con la gente venidera, los que han sido y los que fueron, y los que, viviendo, sean.

Ahora sí... ruego solicito a los amigos que quieran cumplir este testamento que hago con razón serena, que me entierren en un sitio donde sombras no me envuelvan; donde el sol continuamente, mientras alumbre la esfera, con su cariño amoroso me dé calor en la tierra...

Porque yo, sobre este punto, soy como la Magdalena: ¡he amado mucho, mucho, y aun muerto, estarán mis venas ardiendo en fuego sagrado, bendiciendo la existencia, con sus frailes y sus monjas, sus alegrías y penas!

La situación, historiada por un testigo ocular:

«Ya no se guardan las formas, ni se tiene miramiento alguno. ¡Muera la libertad! ¡Abajo para siempre el liberalismo! Nada de ley, ni derecho, ni provecho, ni civilización; todo eso

es maldito y va a concluir por nuestro esfuerzo.

Cada palacio, cada ministerio, es una sentina de carlistas juramentados; por todas partes jesuitas y fanáticos, y en el aire respirándose la brutal reacción que ya todo lo tiene minado, cuarteles, iglesias, universidades, palacios, audiencias, prensa, púlpitos, confesionarios, hasta los hogares, todo es una conjura contra el liberalismo al que se cree ya muerto, sin defensores, en un pueblo de excépticos, de cretinos y estetas, formado en veintiseis años de restauración.

¿La subida de los liberales? ¿Sagasta? ¿Los demócratas? ¡Qué locura! ¡Ilusiones de viejos! Aquí no habrá más liberales en el poder: son fruta del siglo pasado. En adelante, ¿cómo han de subir si no los llamará nadie, porque sería el llamarles un pecado? ¡Y qué pecado! Que lo digan Nocedal, Ort y Lara ó Vadillo: ¡¡jamás, jamás, jamás!!!

Como esto sea verdad, los fusionistas van a pasar un verano destestable.

¡Ellos, que cuentan ya con bañarse en el mar y en el presupuesto!

El *Imparcial* de Madrid, que tiene a su redactor jefe por estos mundos andaluces recogiendo impresiones para regenerarnos, ha dedicado un artículo espampanante a Sevilla, y por ende —¡y aquí está la pasoral— a su alcalde, al que, en contraposición con toda la prensa sevillana, lo eleva al quinto cielo de la fama.

Nosotros vivimos aquí, y decimos que jamás ha tenido la municipalidad sevillana un alcalde que administre más desastrosamente.

Pero viene el redactor de *El Imparcial*, y en dos días que permanece en Sevilla de comilona en banquete, se entera de todo lo contrario, y ve todo aquello que nosotros —¡pobres ciegos!— no hemos podido ver.

Coincide la campaña de *El Imparcial* con la gran reforma que se proyecta por el señor Alcalde, cuya reforma consiste en echar abajo el Seminario Conciliar, dándole dinero a sus huéspedes y poseedores, abriendo vías y más vías... porque esto de las vías, por lo que se ve, es un caño libre de oro ó plata.

¿Por qué no se vende la prensa de Madrid?

¿Por qué cada día va a menos, y por qué, harta de reformar y regenerar la Corte, se viene hacia acá buscando nuestra regeneración?...

¡Abt verá usted!

¡Gracias a *El Imparcial* tenemos un alcalde modelo, unos planes y unos planos grandiosos y una vida exuberante!

¡Todo por cinco céntimos!

¡Por una perra chical!

¡Qué gallo tapado hay en todo esto?

¡Lo hay!

Ya se dirá a su tiempo.

¡Y qué brinco van a dar algunas personas!

CARRASQUILLA.

## Sorpresa y asco

Yo he visto lo que puede ver cualquiera: un bouquet de beldades femenino, reflejo de lo humano y lo divino...

¡Qué cosa más bonita y hechicera!

Y del grupo gentil, casi a la vera, otro grupo, de aspecto masculino, proponiendo bestial el desatino porque Sodoma maldiceada fuera.

Tras ver a las muj-res desdeñadas, al mirar varios hombres convertidos en torpes mujerzuelas descoadas, la viril rebelión de mis sentidos

—¡¡No merecen—grítome—tus miradas esos estercoleros repodridos!!

M. CASOS.

11 Enero 901.

## Un profesor de historia

La reina ha nombrado profesor de historia del rey al que explica esa asignatura en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, a D. Fernando Brieva y Salvatierra.

Este señor Brieva, profesor del rey, es algo primo mío. ¡Qué honor para la familia!

Mi madre era Brieva de segundo apellido, y entre mis recuerdos de la infancia figura don Fernando, el profesor y su familia.

Lo recuerdo bien. De niño me fastidiaban bastantes veces mi madre y mis tíos, llevándome de visita a una casa en la cual no se podía jugar, a una casa sin niños. Era el domicilio de los Brievas, situado entonces en el piso segundo de la casa llamada de la *mesta*.

Me acuerdo, como si lo estuviera viendo, de

aquella sala solemne, siempre medio a oscuras' con el sofá enorme y los dos sillones en el testero principal, como si fuera a constituirse un tribunal terrible; alfombra en el piso; un braserito dorado de amplísima caja de madera y enorme copa, muchos muebles inútiles y cuadros de asuntos bíblicos de la escuela española en las paredes. Todavía siento algo extraño, mezcla de miedo y respeto, al evocar en la memoria las figuras de los barbudos viejos que miran lascivos a la casta Susana; de los buenos judíos que bajan de la cruz el cadáver de Cristo, y del padre de Fernando, un señor muy tieso, grave y viejo, que se llamaba D. Bernardo.

Este y Fernandito, así llamaba a su hijo, *al sabio*, jamás nos besaban. En cambio otro hijo, de D. Bernardo, Antonio, estudiante entonces de medicina, nos inspiraba confianza y simpatía.

Antonio (q. e. p. d.) era liberal y franco y chistoso, y muy frecuentemente divertía a las visitas contándonos las excentricidades de su hermano Fernando, un tipo raro, más aficionado a los cacharros viejos que a las mujeres.

El tal Fernandito, huraño, sombrío, me era antipático. Su familia decía que estaba algo chiflado de tanto estudiar.

Es uno de esos hombres, de los cuales dijérase que habían salido hablando latín y con anteojos, perilla y bigote, del vientre de su madre.

No se sabe de mi lejano primo que haya soltado jamás una carcajada, ni un juramento. No ha hecho calaveradas.

Es incapaz de amar.

Su única pasión conocida es coleccionar antigüedades. Tiene fama de sabio. Yo creo que no es más que un chararilero erudito.

Cuando he leído que aquel coco de mi infancia era profesor del rey, he sentido por primera vez en mi vida de republicano de nacimiento una compasión sincera y grande hacia el joven Alfonso. Lo digo de veras, sin asomo de ironía: compadezco al futuro rey.

D. Fernando, con su sonrisita, sus anteojos, su *peu* de arcáico, su bigote y su perilla clásicos, su color terroso, parece un familiar del Santo Oficio, un pretendiente de la corte de Felipe III ó un poetastro hazme reír de Quevedo y Góngora.

¿Qué historia enseñará ese hombre a don Alfonso? Embustes de mentidero, patrañas de celda frailuna, himnos al gran siglo (el más funesto para España, origen de su decadencia), anatemas a la libertad, y mucho Lepanto... que da espanto; y mucho Olumba... que retumba.

¡Pobre rey! Montaña le ha falsificado la religión y le ha adulterado la moral, y ahora el doctor Brieva le va a servir historia con telarañas y moho.

En vez del sermón de la Montaña sabe el rey los sermones de Montaña, quien le ha dado por Evangelio el Syllabus.

¿Hay en España un joven de 15 años más digno de compasión que Alfonso XIII?

Yo me acuerdo de aquel hosco estudiante que prefería los platos de Talavera a las buenas mozas; le veo ahora de maestro del rey y me da tanta lástima de S. M. como de este pueblo imbecil, juguete de frailes y de dómínes.

ROBERTO CASTROVIDO.

## A LAS PUERTAS DEL SIGLO NUEVO

Lo que no es necesario no se cumple. El orden de las cosas rechaza lo superfluo. Conviene que también por España, donde generalmente nos pasamos la vida en discusiones de concepto, oigamos alguna vez la verdad desnuda. Es obra de maldad entretener con paliativos la agonía de una nación que hace por lo menos medio siglo que vive sin necesidad de vivir.

Comenzó un siglo nuevo. Francia, Alemania y los austriacos, y los hijos de Rusia y de Inglaterra se preparan e ingresan en el palacio nuevo con su ideal a cuestas; nosotros no podemos imitarles, no debemos seguirles; nos quedaremos a la puerta de ese siglo, dentro del cual no hay lecho preparado para nosotros.

¿Quién de entre nosotros tiene necesidad de un poco más de tiempo que emplear en lamenta-

ciones estériles y recuerdos necios? Recobramos el seso, siquiera en el albor de nuestra muerte, y aprovechemos en abjurar de nuestros yerros estos breves días que nos quedan hasta llegar á las dos equis, que serán el *inri* de nuestra cruz inevitable:

Abjuremos de nuestras glorias pasadas porque nos sacaron de nuestros mimos y nos des-parramaron por la tierra estérilmente.

Abjuremos de nuestro espíritu caballeresco, porque no nos permitió soltar la espada á punto de llevar la mano á nuestra herida cuando era todavía tiempo de restañar la sangre.

Abjuremos de nuestros héroes, porque sólo hicieron obra cuando vivos, y les era preciso abandonar la tumba si querían proseguirla después de muertos: héroes de sangre y violencia que no interpretaron la vida, pero la desnaturalizaron y triunfaron de ella como los gigantes de as doncellas atadas y encerradas en las cárceles de sus castillos.

Abjuremos de nuestro sol del Mediodía, porque excusa la pereza, y de nuestros fríos del Norte, porque podemos achacarles la eternidad de las llanuras sin cultivo; abjuremos sobre todo de nosotros mismos, peores que los fríos del Norte y que el sol del Mediodía.

Abjuremos, aún, de la doctrina que aprendimos en la infancia y de la ciencia que nos impusieron nuestros sabios y los sabios extranjeros; comprendemos que todas estas cosas son postizas en nosotros, y que sólo podemos hacer nuestro capullo con el hilo salido de nuestros propios labios.

Abjuremos de nuestro arrojo.

Abjuremos de nuestra fantasía mentirosa.

Abjuremos de nuestras armas y de nuestros vinos.

De nuestras leyendas y de nuestros escritores;

De nuestros padres y de nuestros hijos!

¡Sinceramente, sí! Con todo el fervor de nuestro espíritu y con las pocas fuerzas que quedan en nosotros, hagamos esa abjuración solemne. Quedaremos desnudos, pero no nos pesará sobre los hombros la inmundicia de nuestras ropas harapientas.

Llegaremos entonces á los umbrales del futuro siglo, y viéndonos desnudos, los guardianes no nos dejarán pasar.

Llorará la Madre España contrayendo, con despecho de matrona airada, los amoratados labios, y convocará á sus hijos tiritando de frío bajo aquella primera noche de Enero cruel. Entonces se armará, arrastrándose á los umbrales de la puerta, y todos tendidos, hijos y madre, esperaremos la muerte sobre el hielo.

No se hablará más de España. Faltas de un alma que dé consistencia á las abiertas ojivas y á las bóvedas hinchadas de sus naves, se irán arruinando nuestras catedrales; pasarán los de extrañas tierras y harán presa en nuestros museos, porque no pueden las obras bellas permanecer holgadas en lugares de miseria. Nosotros abriremos la boca protestando, pero nuestras manos no tendrán fuerza para defender la herencia de los padres.

Y si alguna idea finalmente surge de nuestra desesperación, no por eso perderá en certeza nuestra ruina. Nosotros podremos levantarnos y andar. España no se levantará. Creedlo todos. Lo que no es necesario no se cumple. Y ni el arrojo estéril, ni el catolicismo, ni la nieve de Burgos, ni un pasado glorioso, ni un presente revolucionario sin trascendencia, son necesarios á la vida de la humanidad.

Será preciso buscarnos una patria nueva y hacernos de nuestras propias ideas el nombre patronímico; decir simplemente que somos españoles, equivaldrá á quedarnos á las puertas del siglo XX.

Esta ventaja habremos sacado de la prematura muerte de España: entrar en la mayor edad y vivir libres de la materna tutela antes que ningún pueblo en Europa.

EDUARDO MARQUINA.

## De actualidad

### DE LA PENÍNSULA

En Castellón se han inaugurado con solemnidad las obras del Pantano de Vinda.

Ha sido aplazado el Consejo hasta la semana próxima.

*El Imparcial* dice que la falta de horizontes políticos agobia los ánimos.

Azcárraga subsiste por una deplorable combinación de antipatías y odios.

Silvela queda sin ambiente para la campaña del porvenir.

Sagasta muéstrase tan alejado de la opinión que no puede significar esperanza.

España sigue enclavada en el fondo del pantano.

*El País* dice que la viuda del infante D. Enrique está encerrada en un manicomio porque por falta de recursos fué arrojada del hotel en que vivía en París, y reclamó recursos de la embaajada para venir á Madrid y reclamar derechos que le asisten.

*El Correo* censura los propósitos del Gobierno de excluir á los catalanes de la provincia del obispado de Barcelona.

Es inadmisibile, dice, que haya españoles de primera y segunda clase.

Búsqese á un prelado virtuoso, alejado de la política, y nada importará su procedencia.

En el Senado Almenas apoya una proposición sobre jurados mixtos.

Toca aceptarla á nombre del Gobierno, y se toma en consideración.

Léese el dictamen á la proposición sobre provisión de vacantes de destinos públicos.

Villanueva lamenta que se ponga al debate ese asunto importante en las postrimerías de las sesiones.

Toca reconócelo, y ruega se suspenda.

Apruébanse varias carreteras y la proposición de Perijá para reforma del artículo 114 de la ley de redenciones.

Azcárraga lee el decreto de suspensión de sesiones y da fin el acto.

En el Congreso también se leyó el decreto suspendiendo las sesiones.

Villaverde levanta la sesión.

Los diputados desfilan silenciosos.

Ningún viva.

Palma entregó al Congreso una exposición de los federales de Madrid, pidiendo que España se adhiera á la iniciativa de las potencias en el arbitraje para el Transvaal.

Los silvelistas quejáanse de que algunos ministros trabajan contra la jefatura de Silvela, pretendiendo que Azcárraga forme nueva situación apoyado por los 10meristas y tetuanistas.

Estos niegan su entrada en la conjura, pero impedirán la vuelta de Silvela, considerándolo funestísimo.

Los gamacistas mántiense expectantes.

Romero prefiere la continuación de Azcárraga á la vuelta de Silvela.

Los liberales consideran fracasados á los conservadores, y que la única solución es Sagasta.

Los ministeriales dicen que la situación durará hasta la reapertura de las Cortes.

Acusan á los silvelistas de trabajos contra el Gobierno, añadiendo que se proponen éstos contarse, estrechar filas y celebrar un banquete á fines de Febrero, y pedir la reapertura en Marzo con objeto de procurar la caída del Gobierno.

La dimisión del brigadier Cortés relacionase con la alocución que dirigió á los regimientos de caballería de Almansa y Sesma, de guarnición en Valencia, en un banquete á la entrada del siglo.

Mañana se dictará orden reponiendo á los diputados provinciales de Madrid.

En Mataró entraron los ladrones en casa de la vecina Rosa Manet, asesinándola y robando treinta duros.

Luego arrojaron el cadáver á un lavadero.

La benemérita busca á los criminales.

Romero está indispuerto ligeramente.

Durante el tiempo que estén cerradas las Cortes se verificará el casamiento de la princesa.

Después se abrirán para discutir las reformas de la ley provincial y municipal.

También se tratará de los presupuestos, reformas militares y otros proyectos de interés.

Dicen de Barcelona que cerca de Monza ha sido cogido un depósito de armas.

También ha sido detenido un súbdito extranjero al retirar una carta con valores en correos.

Resulta ser autor de varias estafas.

Vestía dos trajes, con el propósito de cambiarse en momentos determinados.

### DEL EXTRANJERO

Dicen de París que en Bagnères de Bigorre la pasada noche incendióse el teatro y comunicó el fuego á varias casas, causando daños considerables.

Desconócese la causa: ninguna desgracia.

Según despacho recibido en Londres, un destacamento inglés tuvo encuentro con los boers en Pikaeroklof, y se ha apoderado de una posición, causándoles 3 muertos y 23 heridos.

En Stambul ha aparecido la peste bubónica.

En Brooklyn (Estados Unidos) un incendio

ha destruido dos vapores: ignórase si hubo desgracias.

En Génova el ingeniero Galanda ha descubierto un freno para detener á los trenes á velocidad de 25 millas por hora.

En París circulan rumores de que el emperador de Rusia padece una afección pulmonar que inspira viva inquietud en la Corte.

En Pekín circula el rumor de que los Estados Unidos han propuesto celebrar una conferencia internacional en Washington respecto de China. Apóyala Rusia, y dúdase de la aceptación del pensamiento.

Háblase de propósitos de abdicación del rey de Dinamarca á favor de su hijo.

Krüger se halla restablecido.

La reina Victoria de Inglaterra mejora.

El domingo habrá un mitin en Cete (Francia), para pedir la amnistía de los prófugos españoles.

Hablarán el alcalde de Figueras, Junoy, Lerroux y otros.

## El padre Córcholis

(CUENTO)

I

¡Era muy famoso! Hé aquí lo que sonriendo decían de él casi todos los que le habían conocido. Su recuerdo causaba vivo regocijo al espíritu.

No había muerto el Padre Córcholis: pero, para el caso, como si hubiera muerto, porque al marcharse de Madrid para volver á su pueblo, ni el bueno del cura volvió á dar noticias suyas á sus amigos de Madrid, ni éstos se cuidaron de escribirle.

Vino con su alegría á la Corte, alegre estuvo en ella un par de años, sobre poco más ó menos, y alegre se volvió á su país. ¡Alegre? No; mucho más alegre.

Era una bendita alma de Dios. Tenía fé sencilla y penetrante, que radiaba en torno suyo, por la benevolencia, por la jovialidad animosa y por la vivacidad infantil.

Su alma estaba dotada de dos potencias y media; un entendimiento clarísimo, en el que se reflejaba la verdad con la limpidez con que el sol se retrata en las cristalinas fuentes; una voluntad mansa, pero enérgica, y media memoria, ¡córcholis! media memoria, todo aquello que él había estudiado, según el admirable método y orden escolásticos, conservábase muy armónicamente guardado en las celdillas del cerebro. Esta era la mitad sana de su memoria; pero la otra mitad, ¡córcholis! la memoria necesaria para recordar todo aquello que no era ciencia ó religión, por nula podía tenerse.

Era alto, enjuto, vivaracho, joven aún, gran andarín y grande amigo de los perros y de los pájaros. Podremos decir que también de los chiquillos, que en la iglesia de San Sebastián le tuvieron por maestro de la doctrina.

Su hablar era de una pulcritud y propiedad clásicas; su pensamiento de una sencillez evangélica; pero sus nervios, ¡córcholis! y su memoria, ¡córcholis! eran cosas perdidas.

Este tan repetido ¡córcholis!, exclamación suya cuando de algo se olvidaba, ¡cuántas veces! era exclamación que lanzaba con eléctricos estremecimientos de sus nervios.

Pues bien, el padre Córcholis, que había adquirido celebridad por sus compras y cambalaches de pájaros entre los pajarereros, ¡por su constante y burlesca ironía y sus dichos pujantes de gracia contra las quisicosas de Madrid, y en fin, por sus distracciones y desmemoramientos yo lo sé, procuró cautamente ocultar sus grandes, sus admirables virtudes.

Una tarde hacía la guardia en la parroquia y fué llamado para confesar á una vieja señorona. Vejez viva, tiempo hacía por vegetativa conservación. Ya era ella no más que pergamino de su propio nombre, cierre y principal cerrojo de su dinero, estorbo de sus herederos, enojo de sus criados, vana esperanza de los que se llamaban sus amigos.

—Ahí está el padre Córcholis—gritaba un criado al torpe oído de la anciana.

—Cor... cor... cor, qué.

—Córcholis.

—¿Será griego?—añadió la anciana, que no debía haber oído bien el nombre.

¡Qué salón tan suntuoso y magnífico! ¡Qué señorío y riqueza! ¡Qué blandas alfombras! ¡Qué irisadas lámparas de cristal! ¡Qué estatuas! ¡Qué cuadros! ¡Qué conjunto!

El padre Córcholis estaba maravillado, y

luego quedó sobrecogido al descubrir dentro de un hondo sillón la escuálida figura de la anciana enferma. Hizole señas con las huesosas manos Parecía un telégrafo de la muerte.

Y luego, ya decidido el sacerdote, fué cerrando herméticamente las puertas, corriendo, los portiers, y después de colocar ante sí en un veladorcillo, su única alhaja, un antiguo reloj de repetición, regalo de un señor obispo, se dijo:

—Son las tres; á las cinco en punto tengo que hacer ¡córcholis! que no se olvide.

Prodijose luego en aquel hermoso salón una escena misteriosa, indescriptible y extraña. Hablaba en alta voz el sacerdote, contestábale una vocecilla catarrosa, endeble, áspera como el raspar de una lima.

—¿Qué, se ha olvidado algunas noches de rezar el rosario? No se apene, Dios lo perdona. Salté yo el otro día de casa con el paraguas y me volví sin él, ¡córcholis!

Siguió lúgubre y tenebrosamente raspando la vocecilla.

—¿Otro olvido? ¡Malo! Arrepíentase de él; considere que ante la majestad de Dios, son mojigangas las quisicosas de la vida. ¡Pero no se aflija, de falta de memoria se peca tantas veces! Mire, señora, una vez olvidóseme cerrar las jaulas de mis pájaros ¡córcholis! y todos volaron. ¡Qué pena tuve! Pues así son los buenos pensamientos, cuando uno se descuida.

Yo creo que, cuando uno cierra los ojos para pensar, es para que ellos no se vayan.

La vocecilla prosiguió raspando con laboriosa tenacidad: mas esta vez, al cesar su sigiloso ruido, puso el sacerdote ceño y gravedad en su rostro. Tornó la voz á su curso y el sacerdote miró con asombro á la anciana, y con severidad á todos los lujosos objetos del salón. ¡No era ya, no, el afable cura Córcholis! Era un juez austero é incorruptible.

Había en sus ojos, no ya la inocente afabilidad de la mirada de Jesús á los pecadores arrependidos y á los niños. En los ojos del sacerdote brillaba aquella indignación que el Salvador dirigió á los mercaderes del templo. Irguióse solemne, grave, y exclamó con voz tonante:

—¡No era de él! ¡No era de usted! ¡No es de usted! ¡No es de sus sobrinos! ¡Era y es de los pobres!

Tembló la anciana, encogiéndose en su sillón aterrada y confusa. Siguió un momento de profundo silencio, durante el cual la pobre vieja lloró copiosamente. Luego preguntó no sabiendo qué.

—¡Restitución!—dijo con voz cortada é imperiosa el sacerdote, y aquella voz parecía que había hecho temblar todo el palacio desde los cimientos hasta el ápice de los pararrayos.

Con expresiones de una penetrante ternura, con frases animosas, con pensamientos de seductora esperanza, con advertencias de temibles castigos fué en nombre del Altísimo, aquel obrero de Dios infundiendo en la vieja avaricia espíritu de desprendimiento y renovando en aquella vetustez un nuevo corazón y una nueva vida, allí donde ya todo era pronunciamiento de atonía y de muerte.

—Absuelvo—exclamó grave y pausadamente el sacerdote—bajo condición de que habéis de cumplir el mandato de Dios.

Absolvió en efecto á la anciana, y después de un largo espacio de descanso, púsose á hablar con ella afablemente, cuando el cercano reloj de la Puerta del Sol dió las cinco.

—¡Córcholis, las cinco! ¡Córcholis! Y yo que tengo que hacer. ¡Vaya, alvíese, señora, que sí se aliviará en cuanto reciba al Señor!

II

Estaba loca. Ha dejado á sus sobrinos cernales sin una peseta. El palacio y los muebles los había vendido. El importe de esto, más el mucho dinero que tenía, nadie sabe dónde los habrá guardado ó qué habrá hecho de ello.

Esto se decía el mundo y en ello pensaba sonriéndose el cura Córcholis, empezando á distribuir el dinero entre los pobres, y así discurre:

—¿Dónde estará el reloj que dejé sobre la mesa cuando asistí á la pobre señora? Vaya usted ahora á encontrarlo. ¡En fin, los pobres se han ganado una cosa más que nadie les debía, y yo perdí la única joya y el único recuerdo que conservaba! ¡Córcholis, córcholis, yo no sirvo para nada!

JOSÉ ZAHONERO.

## COMIQUERÍAS

*Musiquerías* deberíamos titularlas hoy.

Los profesores de la orquesta del Duque se han declarado en huelga voluntaria y han obligado á declararse en forzosa á todo la compañía.

¿Los motivos de la huelga? El que aquellos,